

Historia de una furgoneta

Cuando me compraron era de color blanco. Pasado el tiempo y para no parecer la camioneta del de los huevos, me pintaron de un color que ellos decían que era azul, pero a mí me parecía que me habían maquillado de lila.

Mis asientos eran de color gris y el suelo era de vinilo negro con lunares. Mis dueños, hasta los más pequeños, cogían la fregona y me dejaban el piso reluciente.

Cada uno de mi familia tenía su asiento y su cinturón. En el concesionario me regalaron un asientito para que la pequeña de la casa se pudiera abrochar bien el cinturón.

Al ponerme la matrícula se lucieron, porque después de un “kingo apicua” (twingo capicúa), el otro compañero de la casa, difícil era la superación, pero el detalle que tuvieron conmigo me gustó, repetición de los números: 6633. ¡Qué originalidad!. Hasta la matrícula inducía a pensar mi capacidad: 6+3, 6+3, aunque a veces este número era 6+6+3+3, cuando volvíamos de la playa, con los pies de los niños saliendo del coche...o cuando fuimos al campo que no me llenaron el depósito y en una cuesta me quedé, sin poder seguir y antes de que vinieran los de tráfico se apearon unos cuantos e hicieron el camino que restaba a pie, unos 3 kilómetros, por el arcén y campo a través. Menos mal que la policía se compadeció de los abuelos, los niños, el perro... y no sólo no se fijaron en el número de personas exacto que había en la furgoneta, sólo lo estimaron a bulto, sino que además se portaron muy bien y fueron los que llevaron a mi dueño a comprar 5 litros de diesel para poder continuar. ¡Uafffff! ¡Qué energía!.

El amo era muy bueno, pero tenía mucho genio. Al montarse en el coche, daba las instrucciones generales: “...no se puede decir: tengo hambre, ni tengo sed, ni tengo ganas de hacer pis, ni cuanto queda, ni a que hora llegaremos, ni...ni...ni... ¡Cuando lleguemos, es que hemos llegado, y ya estamos allí!”. Uno de los viajes a Madrid, con mi depósito lleno, no paramos para nada... y el abuelo al llegar le dijo a los padres lo irresponsables que eran: “A estos niños o les explota la vejiga o se les timpaniza el vientre”...

Mi conductora preferida era la madre, aunque ponía la música a todo volumen y en el acelerador descubrió que tenía un tope de goma al final... siempre tenía el pie derecho en máxima extensión.

La hija mayor era la más tranquila, aunque de vez en cuando se le ponía en el coche un color verdecillo, que se le pasaba si le daba el aire en la cara. Lo normal es que fuera siempre leyendo...

El siguiente, me despreció nada más verme. Le parecía que no era un vehículo apropiado para la categoría de su familia: “¡como el del huevero!”. Y antes de montarse le preguntó a su madre si me habían pagado, y ella le contestó, que no, y muy digno, no se quería subir, porque no era de su propiedad. El ama le explicó con paciencia, que las cosas se compraban dando un poco al principio y después otro poco todos los meses...¡hasta que le convenció!. Después de muchos morritos y refunfuñar se sentó en el lado de la puerta. Él iba a ser el encargado de abrir y cerrar la única puerta corredera de la segunda fila. En ese lado estaba el picaporte de la puerta, un escalón a modo de

estribo, y un agarrador, para ayudarse a subir. Un día cuando se estaba montando una de las pequeñas, puso su manita en vez de en el agarrador, en el marco de la puerta de la primera fila y mi dueña sin darse cuenta cerró la puerta. Al gritar la niña se percató de lo que había pasado. Y cuando abrió la puerta, se esperaba los dedos machacados, pero yo tenía unas blandas gomas y ¡la manita era tan pequeña!, que con besitos de su madre en su manita y unos cuantos: sana, sana, culito de rana, que si no cura hoy, curará mañana..., quedó todo arreglado. Los ojos de mi dueña no dejaban de mirar para el cielo.

A los pies del “portero oficial”, me habían puesto una alfombrilla. Aquí se tumbaba nuestra perra Naomi, un labrador marrón, que la niña pequeña llevaba hasta la furgoneta tirando de la lengua y la nobleza del animal le impedía cerrar la boca.

El cuarto también tenía su asiento en el centro de la segunda fila, pero el decía que prefería ir en el suelo tumbado y utilizaba como almohada el cuerpo de la perra.

La tercera y la quinta se ponían siempre en la última fila, cuidando de la pequeñita, que estaba entre las dos, en su asientito. Las de la tercera fila iban siempre jugando con las palmas de las manos, o con los hilos, o contándose cosas... Mucho rato iban durmiendo, una con la boca abierta con la nuca en el reposacabezas y la otra apoyada en el cristal de la ventana.

Cuando era la hora de comer, la madre iba pasando comida para atrás, y cada uno iba tomando lo que podía, se pasaban la comida como si fuera un testigo de uno en uno. Aquí tenían que ser rápidos, porque si no uno se hartaba de comer y el otro no cataba nada. Una vez terminado el sandwich o la mandarina, se volvía a pasar el envoltorio o las mondas, porque la dueña llevaba una bolsa de basura a los pies. Estas circunstancias las había aprendido la pequeña, y una vez, cuando sus hermanas compañeras de fila, estaban durmiendo, cogió una pera y se la comió entera y le pasó a su madre en el asiento delantero, como testigo de uno a otro medio dormidos, el rabito de la pera, diciendo: “mamá, esto no me lo he podido comer”. Mi dueña le miró y comprobó por el espejo retrovisor que sonreía por haber sido capaz de cazar la pera al vuelo y por haber seguido las enseñanzas de su madre, recordadas de generación en generación, ¡que una monja se condenó por dejarse un grano de lenteja en el plato!.

Yo he sido muy feliz con mi familia, he envejecido con ellos, pero a mi ha tocado retirarme antes. Me ha gustado compartir mi vida con ellos y haberle sido útil.